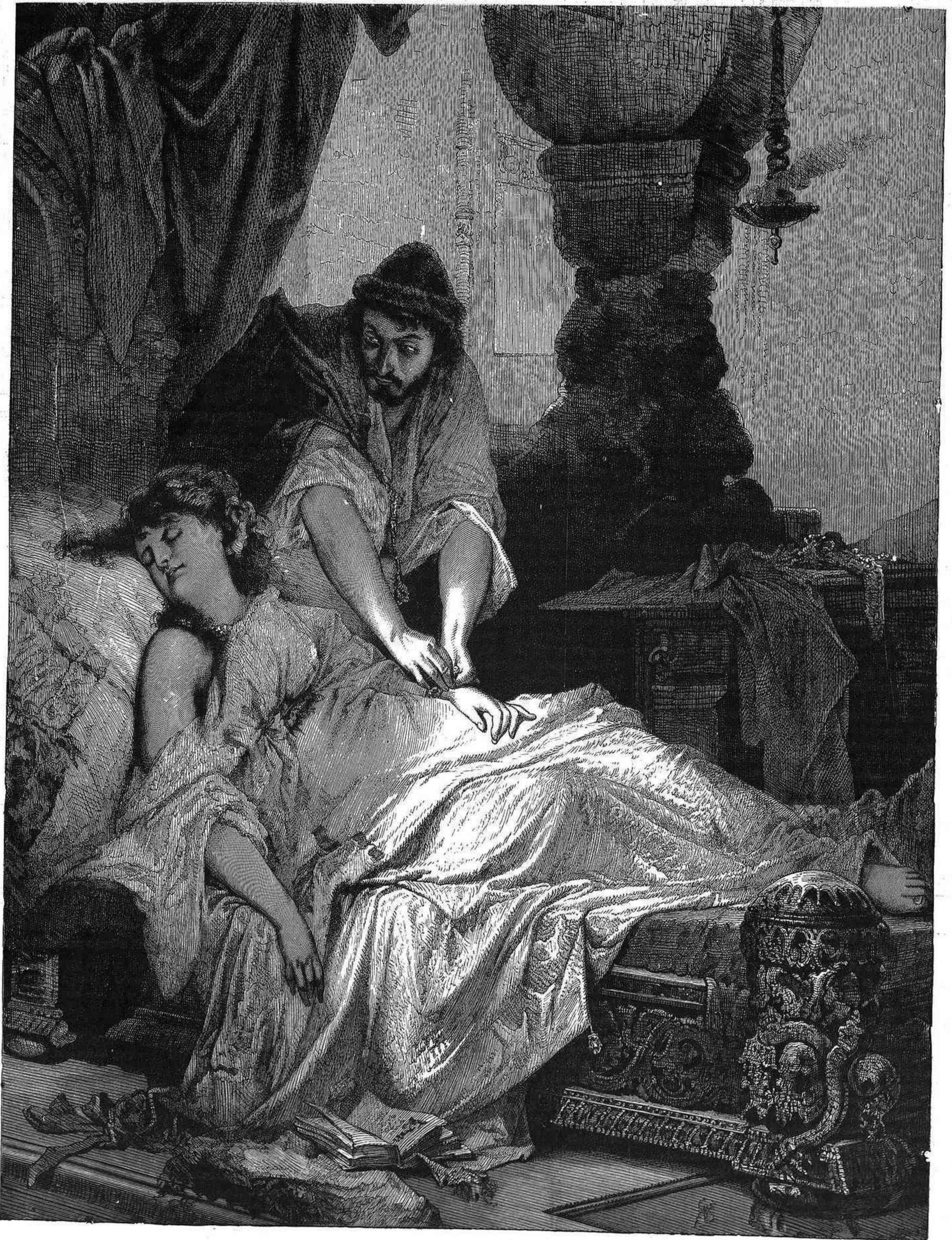




ANO II

← BARCELONA 30 DE JULIO DE 1883 →

NUM. 83



YAQUIMO É IMÓGENE, copia de un carton de Liezen-Mayer

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL ENANO DE LA FRINCESA HILDA (*Conclusion*), por don F. Moreno Godino.—UNA AVENTURA DE ESPRONCEDA, por don E. Rodríguez Solís.—CRÓNICA CIENTÍFICA: *Tiempo cosmopolita*, por don E. Benot.

GRABADOS.—YAQUIMO É IMÓGENE, copia de un cartón de Liezen-Mayer.—EL SITIO PREDILECTO, dibujo por A. Greil.—CONFIDENCIAS, dibujo por E. Bradel.—EN LOS MÉDANOS, acuarela por M. Artz.—Lámina suelta: VISTAS DE COPENHAGUE

REVISTA DE MADRID

Amenazas al Sol.—Su existencia rutinaria.—Lo que ganaría si la alterase.—En todas partes lo mismo.—Mis disculpas.—La universalidad del periodismo.—Los palos del Retiro.—Variación posible en la prensa.—El valor de los artículos tasados por garrotazos.—Algunas noticias sobre *Excelsior*.—Gastos de Arderius.

Una de las más gratas ocupaciones de los madrileños, en los tiempos que atravesamos, consiste en decir pestes del Sol y en amenazarle con los puños, como hacia el Ayax de Homero.

El astro luminoso se haría acreedor á los sufragios de todos los madrileños si velara por algún tiempo sus encantos, cubriéndose de nubes y replegándose en sí mismo.

Después de todo, el rutilante Febo es hoy día un anciano venerable que ha asistido á todas las catástrofes y tragedias del Universo; y que tiene, por consiguiente, ideas propias sobre las cuales puede meditar durante unos días.

Con este eclipse temporal ganaría mucho el Sol en importancia.

Hoy no nos fijamos en su belleza. Sabemos que es un astro rutinario, que aparece y desaparece todos los días con una exactitud pasmosa; que al medio día se coloca en el zenit quizá sin otro objeto que marcar al reloj que posee en la Puerta de su nombre la hora en que las dos manecillas se han de confundir en la parte más alta de la esfera, y que por la tarde, siguiendo estrictamente lo prescrito por los confeccionadores de almanaques, el venerable Sol, padre del Universo, se oculta tras las montañas, y emprende la caminata al país de los antípodas para tener el placer de despertarlos á su debido tiempo, diciéndoles:

—¡Ea! caballeros y señoras; arriba que ya es hora. ¡A moverse!... ¡a trabajar!... ¡a dar fe de existencia! Tened entendido que la vida no es sueño, aunque lo haya dicho mi buen amigo D. Pedro Calderon en los tiempos en que yo no me ponía jamás en los dominios españoles.

Decía pues que sabemos que el Sol hace todo esto; que es un astro fiel que no nos falta nunca, y que á consecuencia de esta misma bondad de carácter le hacemos poco caso privándole de los elogios que por su magnificencia se merece.

Pero si nos faltase durante mucho tiempo... ¡Ah! ¡qué himnos no entonaríamos en elogio suyo cuando apareciese de nuevo!

Le haríamos una ovación espléndida, inaudita, extraordinaria; nos prosternaríamos á la manera oriental ante su viva lumbre; difundiríamos por los aires cánticos de alborozo y alegría; le echaríamos cañonazos (no en ademán hostil, sino en son de salva), y pondríamos á contribucion la vena de nuestros mejores poetas para que lo ensalzaran con bellas imágenes y lo coronaran con tropos y metáforas.

Entonces recordaríamos que es el alma del Universo, que todo, merced á él, vive y se anima, que su penetrante mirada esclarece hasta las más hondas regiones del espacio, y que sin él tornarian á confundirse en la nada todos esos mundos que hoy componen nuestro sistema planetario, y donde ignoro si habrá periodistas y concejales que los apaleen, andamiajes y albañiles que se caigan de ellos y timadores que exploten á los incautos; pero donde habrá seguramente pasiones de todas clases, nobles y mezquinas, rastreras y elevadas, y lucha y sufrimiento y choques y conflictos.... ¡que esta es la vida, lo mismo aquí que en cualquier otro planeta!...

* *

Me parece que el párrafo anterior no cumple con las ordenanzas de ventilación y ligereza propias de la estación calurosa en que nos hallamos.

Pero ¿quién es capaz de hacer referencia á los astros y planetas del universo, maneándolos como si fueran pelotas de goma?

¡Yo no tengo habilidad tan extremada!

Como aquel personaje de *El tanto por ciento* de Ayala, que desea *sobornar el tiempo*, yo intentaba sobornar el Sol con mis párrafos anteriores.

Creía que el rubicundo Apolo llegaría á decir:

—Pues... es verdad lo que afirma ese revistero. El hombre salvaje me adoraba; y el hombre civilizado, entretenido con su luz eléctrica, no hace caso de mis prendas personales. Hagámonos desear, que el fruto prohibido siempre fué grato y sabroso al paladar del hombre!...

Y seguía yo imaginando que después de esto el Sol se envolvería en las más impenetrables nubes, dejándonos disfrutar placidamente de una agradable temperatura.

¡Y esto ya sería una noticia fresca que podría dar á ustedes!

* *

Pero mi estratagema no surte efecto. El sol es un señor que no entiende indirectas ni admite recomendaciones.

Sigue pues el calor en el orden del día.

Se abre la sesión.

Madrid se ocupa en comentar lo que ya se llama de un modo gráfico «los palos del Buen Retiro.»

Aquí todo el mundo es más ó ménos periodista. ¿Quién no ha puesto alguna vez un comunicado en los periódicos? Y aún fuera de esto, ¿quién no se ha encontrado en tal ó cual ocasion con alguno de *esos que escriben en los periódicos* y le ha dicho:

—¡Hombre! ¡A propósito! ¡Cuánto me alegro de verle! Voy á dar á V. una gran noticia, que le servirá para llenar unas líneas del periódico.

—¿Qué es ello?

—Diga V. que mi esposa ha dado á luz...

—¿Eléctrica?

—No; un niño.

Toda esa gente manifiesta cierto cariño hácia la prensa. ¡Claro!... el periodista vela y trabaja, y persigue por esas calles de Dios las noticias á la hora, generalmente, en que el suscriptor está roncando, y á fin de que sepa éste cuando se despierte al día siguiente los robos, los incendios, las riñas, los crímenes, y las ocurrencias de todas clases que hubo durante la noche.

Tales circunstancias establecen lazos de cariño y simpatía entre los redactores y los suscriptores de un periódico.

Hay lector que cree firmemente en su diario más que en el evangelio del día.

Si le contradecís algo, le vereis sonreír con aire de superioridad y de certeza.

Entonces le vereis sacar de su bolsillo el periódico, y os dirá con la fe de un musulmán:

—¡Cá!... no señor; dice aquí todo lo contrario... ¡Y esta es la fija!

Hay también lectores eclécticos, y son los que pasan la vista durante el día por varios periódicos.

Pero tampoco á estos se les puede menospreciar la institucion del periodismo.

Es cosa admitida, que la prensa es una fuerza; y así como para dar contra un yunque no busca el herrero un martillo de algodón en rama, tampoco buscó el concejal señor Párraga una caña de azúcar para el atropello del periodista señor Franco, redactor de *El Liberal*, y víctima inocente y casi indefensa de la agresion del miembro del Municipio.

Ya lo he dicho: la opinion pública se ha colocado del lado del periodista.

El buen sentido reconoce que si el escritor de periódicos se hallara bajo la constante amenaza de todo aquel que se juzgara ofendido no habria manera de tener periódicos bien escritos.

Los individuos que componen la prensa no serian por lo general hombres listos y entendidos, con facilidad para enjaretar un artículo de impresion sobre las mismas cajas de la imprenta, soltando las cuartillas una tras otra á medida que salen de entre sus dedos, y marchándose á dormir confiado en la buena fé del corrector y en su musa especial, pedestre, si se quiere, pero fiel, que nunca le hace decir cosas muy graves, y que es una verdadera inspiradora de la actualidad fresca y palpante.

No; entonces, los periódicos serian redactados por mozos de cordel fuertes y robustos, que resistieran con furioso empuje las agresiones más ó ménos concejiles que se presentarían.

Los artículos se comentarían de este modo:

—¿Has leído el fondo?

—No; ¿es bueno?

—¡Ya lo creo! ¡Colosal! Es un artículo de cincuenta garrotazos, lo ménos.

* *

En los teatros de Madrid se prepara un espectáculo nunca visto.

Esta es al ménos la opinion de los que se hallan en el secreto del famoso baile *Excelsior* que la compañía contratada por Arderius empezará á representar en el teatro de la Zarzuela el día 1.º de setiembre próximo.

Cuéntanse de ese baile maravillas.

Desde luégo hay el gran antecedente del entusiasmo con que ha sido recibido en Milan y otras poblaciones italianas, y últimamente en Paris, donde se pone todas las noches con gran éxito en el Eden-Teatro.

Además Arderius es un empresario de gran olfato. Tiene el instinto de las obras que dan dinero.

Háblase de maravillosas decoraciones: la rada de Nueva York, el istmo de Suez, la perforacion del Mont-Cenis, etc., etc.

Es una lucha entre el oscurantismo y el progreso. En esa lucha encarnizada vence, como es natural, la civilizacion. De ahí el nombre del baile: ¡*Excelsior*!

¡Más arriba siempre!

Arderius dice que para no perder dinero necesita que el teatro de la Zarzuela se le llene cien noches seguidas. Cada representacion le traerá un gasto de mas de diez mil reales.

Hace algun tiempo que está ya gastando dinero. Tiene que pagar una parte del sueldo á los artistas italianos que han venido á ponerle la obra.

Hasta el estreno del baile gasta el empresario dos mil reales diarios.

Todo esto para deslumbrarnos, para enloquecernos con su espectáculo.

¿Y si no nos deslumbra?

El cebo es muy costoso y ofrece grandes peligros.... Pero Arderius tiene una estrella que le conduce siempre á feliz puerto.

¡Veremos!...

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

YAQUIMO É IMÓGENE.

copia de un cartón de Liezen-Mayer

Representa este cuadro la escena 2.ª del acto 2.º de la tragedia titulada *Cymelina*, una de las más celebradas del gran dramaturgo inglés Shakespeare. Su argumento está tomado en parte de una novela de Boccaccio y en parte de una crónica de Holinshed.

La accion pasa en la Gran Bretaña y en Italia, con todas las faltas de unidad que caracterizan á los grandes genios dramáticos de los siglos XVI y XVII. *Cymelina*, rey de la Gran Bretaña en tiempo de César Augusto, destierra á su jóven protegido, conocido por Póstumo, á causa de haberse casado con Imógene, hija única del monarca, sin cuidarse de pedir permiso á su padre, que indudablemente se lo hubiese negado, por más que su inesperado yerno sea lo que se llama un mozo de todas prendas.

Al despedirse Póstumo de su esposa recibe de esta una sortija y en cambio la hace presente de un brazaletes que Imógene jura conservar como testimonio de su fidelidad. En un dos por tres, ó sea de una escena á otra del primer acto, Póstumo se encuentra en Roma, y ponderando la virtud de su esposa ante algunos mozalbetes, que sin duda en aquellos tiempos los habia tan malas cabezas como en los tiempos nuestros, apuesta la consabida sortija contra la mitad de la fortuna de un libertino de mal género llamado Yaquimo á que éste no es capaz de romper la virtud de Imógene.

Parte el seductor de Roma para la Gran Bretaña, recomendado por el mismo Póstumo, que con ello da una prueba de ser algo flaco de mollera, y aún cuando la hija de *Cymelina* es en lo fiel otra Penélope, Yaquimo encuentra medio de penetrar en el aposento á tiempo que aquella duerme, valiéndose de un artificio harto vulgar, y se apodera del brazaletes, que ha de atestiguar la liviandad de Imógene.

Este es el momento de la tragedia que representa nuestro grabado. Sólo nos resta añadir que por esta vez el marido celoso obró con mejor suerte que su colega Otelo y que, después de muchas peripecias, todo terminó á mayor gloria de Dios y felicidad de la constante Imógene.

EL SITIO PREDILECTO, dibujo por A. Greil

El viejo guardian de la torre, veterano mutilado en defensa de la patria, acude diariamente al mismo sitio, acompañado de su gentil nietecita, que es á la vez su guía, su apoyo y su encanto. Las palomas se han familiarizado con el anciano y la niña y picotean las migajas que para ellas han sido economizadas en la frugal comida.

Y en este sitio mismo y en las mismas ideas sumergido, el veterano se pasa las horas muertas, recibiendo sobre su venerable frente el último rayo de sol y despidiéndose del día que muere melancólicamente, tan melancólicamente como vive el pobre anciano.

La patria es hartos ingrata. Cuando nuestro venerable anciano era un jóven que marchaba por el camino de la vida, lleno de fe en el porvenir y de esperanza en su amor al trabajo; cuando, fiado en su juventud y en su voluntad, formaba ideales para hacer la felicidad de sus padres y la de una jóven unida á su suerte por los más puros vínculos; la patria le arrancó á los lares de la familia, le convirtió en instrumento de cábalas políticas que no entendía, y el cañon del enemigo le privó de un miembro en sangrienta guerra promovida para ensanchar el territorio nacional.... ¡El territorio nacional!... ¿Qué le importaba de él al pobre jóven que no concebía del mundo un más allá de las montañas que aprisionaban su aldea!

Ello, empero, oíd al veterano. Ningun rencor guarda á la diplomacia que destruyó sus ilusiones; hoy, como ayer, cree deberse á la bandera que defendió en otro tiempo, y más orgulloso de su nacionalidad que su nacion debiera con justicia estarlo de él, hace suyas las glorias de su patria y se resigna á su suerte con la noble fiereza del que ha cumplido con exceso su deber.

¡Respetemos al humilde inválido!... Embellezcamos su sitio predilecto; no permitamos que las palomas nos enseñen cuál es el sitio en que llora el bravo veterano....

CONFIDENCIAS, dibujo por E. Bradel

El asunto de este cuadro es más para sentido que para explicado. ¿Qué pensamiento embarga á esos dos personajes? ¿Cuáles confidencias se han hecho? ¿Quiénes son ellos mismos?... El artista no lo dice claramente; deja adivinarlo.

Un castillo señorial á lo léjos, al pié del castillo un lago, en la orilla del lago una barca, en primer término un frondoso bosque y en este bosque dos jóvenes absortos en vagas contemplaciones, surgidas probablemente de las confidencias que se han cruzado entre uno y otro....

El apuesto mancebo es probablemente el señor del castillo: el lago separa su propiedad de la propiedad del baron vecino. A tiempo que el jóven cruzaba el lago, una mujer hermosa se dirigía al bosque. La reunion de uno y otro no ha revestido carácter alguno de sorpresa: se esperaban.

La conversacion ha empezado como es costumbre entre buenos vecinos: el tiempo y la caza han hecho el gasto... Pero luégo...

Sin explicarse el cómo, hay horas en la vida durante las cuales el corazón necesita desahogarse, cual si temiese que, á falta de abrir una válvula, se produjera un estallido. En estas circunstancias decisivas de la vida, se toma inconscientemente el camino del cielo ó del infierno. El hombre deja de ser un ente dotado de reflexión, y obra cual á impulso de un fatalismo superior á él. El secreto de toda la vida se confía al primer advenedizo, siquiera ese secreto cueste la fortuna, la existencia, la honra del que lo revela. ¡Cuántos criminales han purgado su delito á causa de uno de esos impulsos irresistibles que, sin explicación plausible, entregan una cabeza al verdugo!....

Las confidencias de nuestro cuadro pertenecen, por fortuna, á un orden de hechos ó de sentimientos mucho más simpáticos, y por nuestra parte se nos figura que á causa de ellas y á la vuelta de no mucho tiempo, los dos castillos vecinos han de tener un heredero comun.

EN LOS MÉDANOS, acuarela por M. Artz

¿Quién, viviendo á orillas del mar, no habrá acudido alguna vez á la playa para aspirar con deleite las frescas emanaciones de los vapores salinos y dilatar sus pulmones con las salutíferas brisas que rizan la superficie de las aguas? ¿Y quién, al llegar á la edad de los amores, no habrá disfrutado, alguna vez también, del doble placer de contemplar cómo espira el oleaje en la arena, teniendo á su lado á la mujer adorada y comunicándole sus impresiones y sus dichosos ensueños? A tal placer deben entregarse los dos jóvenes de nuestro grabado, muellemente reclinados en los médanos de arena que forman un dique á la invasión de las olas. Hijos de ancianos marinos, del mar y por el mar viven; séres ni bien terrestres ni bien anfibios, en él cifran sus esperanzas de ventura y de él esperan los medios para realizar sus castos deseos. El asunto del cuadro es casi un idilio, y el diestro pincel del artista ha sabido expresarlo con la sencilla poesía que requiere.

VISTAS DE COPENHAGUE

La capital del pequeño reino de Dinamarca es otra de las ciudades europeas que más prósperamente se han desarrollado en pocos años; baste decir que teniendo 182,000 habitantes en 1870, seis años después ascendían estos á 233,000. Admirablemente situada en la costa oriental de la isla Seeland, en el extremo meridional del estrecho del Sund, principal paso del Cattegat al Báltico, se halla en condiciones por esta y otras ventajas de ser uno de los mejores puntos comerciales del Norte. Divídese en tres partes: la ciudad Vieja, la Nueva, y el barrio de Christianshavn construido en la contigua isla de Amager. La lámina que hoy repartimos dará idea de la suntuosidad ó belleza de algunos de sus monumentos, edificios ó sitios de esparcimiento, entre los cuales descuellan el parque de Oersstedt, llamado así del nombre del ilustre físico dinamarqués, el palacio de Amalienborg, edificio compuesto de cuatro palacios distintos, ó sean el del rey, el de su hermano, el de su hijo, y la escuela de marina; el palacio de Christiansborg, construcción colosal en la que trabajaron tres mil obreros por espacio de seis años; el museo de Thorwaldsen, legado hecho á la ciudad por el insigne escultor de este nombre; el soberbio palacio-castillo de Frederiksborg, residencia predilecta de los anteriores monarcas daneses; la estatua ecuestre de Federico V; la del célebre almirante Niels (Nicolás) Inel, etc., etc. Esto, unido á las abundantes preciosidades científicas, históricas y naturales que en sus varios museos encierra, y al atento trato de sus habitantes, hacen de Copenhague una ciudad digna de ser visitada por el viajero, admirada por el artista y estudiada por el hombre de ciencia ó de letras.

EL ENANO DE LA PRINCESA HILDA

(Conclusion)

No obstante su duelo, un rayo de alegría animó el rostro de Hilda, al oír al mensajero del Príncipe, al cual contestó que se apresuraria á ampararse bajo tan generosa protección; y con efecto, dos meses después la princesa se hallaba instalada en un palacio de Benares, que el anciano Rey había señalado por morada. El Príncipe Fel-Dor la dió á entender delicadamente que podía contar con el tesoro Real; pero Hilda, que era muy altiva, rehusó la oferta.

Durante algun tiempo, vivió retraída, teniendo por único consuelo de sus penosos recuerdos, la inagotable gracia de Oronti y el cariño maternal de su vieja aya Najad. Alguna vez, asomada á su mirador de bambú, veía pasar al gallardo príncipe, que la saludaba con expresivo ademán, y en aquellos momentos latía violentamente su corazón.

Poco á poco fué saliendo de su aislamiento; porque era imposible sustraerse al influjo de aquella Corte, la más esplendorosa de la India. El soberano de Benares, lleno de años y de achaques, reinaba como un Rey constitucional; pero quien gobernaba omnímodamente, era su hijo, y como este era joven y bello, excusado es decir que la ciudad de Benares y su territorio en diez leguas á la redonda, ardían continuamente en fiestas.

Un día el Príncipe invitó á Hilda á una cacería de milontis, y aunque tenía noticias de ella, se admiró de la destreza de la linda cazadora. Desde entonces esta, tomó parte con más frecuencia en las fiestas cortesanas y ¿quién sabe si al notar las asiduas galanterías del régio mancebo, se forjó en su imaginación risueños castillos en el aire? porque el príncipe se insinuó primero, como casi todos los príncipes y todos los hombres, mas hallando un valladar á sus pretensiones, en la altivez de Hilda, siguió después tratándola con mayor respeto é igual asiduidad.

Una nube vino á oscurecer el claro cielo de su naciente esperanza, con el arribo á Benares de la sobrina y heredera del Rhajah de Cachemira. Hablábale de proyectos de union entre esta y el Príncipe Fel-Dor, que aunque desmentidos en la corte, llenaron de inquietud el corazón de Hilda.

La princesa Lah, de Cachemira, hizo su entrada en Benares con una pompa verdaderamente régia, en un camarín colgado de preciosas telas de su país natal; llevado á lomo por un poderoso elefante gualdrapeado de púrpura. Delante y á los costados del paquidermo marchaban diez y seis felies ó escuderos tañendo orabines y sistros indios. Cuatro esclavos nubios seguían á la princesa sosteniendo un palanquin descubierto lleno de valiosos regalos destinados al Rey de Benares y á su hijo; y cerraban el cortejo, seis mancebos, negros también, cada uno conduciendo por el bridon un caballo persa, de corta alzada pero de estampa admirable.

Todos estos esplendores pasaron por frente á la morada de la pobre y desterrada Hilda, que no pudo sustraerse á un movimiento de envidioso despecho, sobre todo al ver á la princesa de Cachemira, cuyo busto asomaba por entre las descorridas cortinas de su camarín. Era Lah muy joven y muy hermosa, con una belleza imponente de matrona. Su principal encanto dimanaba de la blancura de su tez, que hacía parecer originaria de la raza europea, ó de las vertientes del Himalaya, en donde el reflejo de las nieves da á la epidermis un color deslumbrante. Hilda notó todo esto y vió además al bello príncipe Fel-Dor cabalgando al lado del elefante que conducía á su nueva huésped; y ni el gracioso saludo que aquel le hizo al pasar, pudo atenuar la dolorosa inquietud de la princesa de Mohsum.

Inútil es decir que desde que se conocieron, las dos jóvenes princesas se odiaron cordialmente. Tenían ambas un objetivo de amor y lucharon para alcanzarle, con todo el encarnizamiento femenino, y con una rivalidad sin tregua. Las fiestas se sucedían en Benares, y en ellas desplegaba Lah un fausto asombroso. Hilda altiva y enamorada quiso competir con la poderosa heredera de un Rhajahlato; pero lo que para esta eran gastos, aunque extraordinarios, soportables, arruinaba á aquella, la cual iba vendiendo rápidamente sus ganados de la ribera que había heredado de su madre.

Fel-Dor era un príncipe coqueton y bien educado, que halagado por el amor de las dos lindas rivales, no demostraba marcada preferencia por ninguna de ellas. Quizá sus asomos de coquetería estaban basados en la incertidumbre; pues en verdad era difícil la elección entre dos jóvenes tan notablemente hermosas aunque con distinto género de belleza.

Hilda atraía, Lah deslumbraba.

Las dos tenían cualidades superiores; Hilda era incomparable como amazona; en contraposición, Lah hacía maravillas como cazadora, asaeteando las aves al vuelo.

Fel-Dor se deslizaba, digámoslo así, entre el amor de ambas; por eso la princesa de Cachemira, que era algo mordaz, le llamaba el príncipe *djalesh* que equivale á decir: Príncipe anguila.

V

El día del cumpleaños del Príncipe Feldor, se celebraron en Benares unos admirables festejos. Por la mañana, en el anfiteatro de la ciudad, en aquel circo, cuya construcción, por su maravillosa fábrica, se atribuye nada menos que á Visnou, dios conservador y segunda persona de la Trinidad indiana, se verificaron dos luchas: la primera de una onza con dos onagros persas y la segunda de un león con dos tigres. Al comienzo de la tarde hubo festín, en un palacio que el príncipe había mandado labrar en la orilla del Ganges y terminado que fué el banquete, reunióse la corte en tres inmensos salones, á fin de esperar las fiestas nocturnas.

El vicio ó pasión del juego (como quiera llamarse) ese placer doloroso y fascinador, que ha invadido á Europa, ó mejor dicho, al mundo entero, puede asegurarse que es originario de la India y de la China, y aún dura en ambos países, no obstante los códigos de Bursucumbur y Confucio y los frecuentes edictos de los soberanos y de los emperadores.

En la corte de Benares se jugaba encarnizadamente y el juego era como el complemento del lujo y de la distinción, no sólo entre los hombres, sino que también entre el sexo femenino, cuya educación y costumbres se diferenciaban poco de la de estos. En las cabezas caldeadas por el sol oriental se desarrollan todas las pasiones con actividad pasmosa, y la imaginación busca anhelante las sorpresas del azar y el atractivo de las más increíbles aberraciones.

En la tarde á que nos referimos, la flor de la nobleza de Benares, se agrupaba en torno del Príncipe Feldor y de las princesas de Mohsum y de Cachemira, que jugaban *al sol*, juego que se parece algo al entretenimiento, casi infantil, llamado *la rueda del barquillero*. *El sol* está basado en la antigua astronomía india; es un círculo ó disco, colgado verticalmente, en el que hay pintadas varias estrellas, una tortuga y un elefante; porque en el Génesis oriental se supone que la tierra está sostenida por un inconmensurable paquidermo, que á su vez se apoya en una tortuga más inconmensurable todavía.

Lo que aún no han podido explicar los vedas ni los astrónomos es sobre qué se basa y sostiene ésta.

En medio de la circunferencia del juego del sol, hay una manecilla giratoria como la de un reloj, que los jugadores impulsan por medio de una varita de sándalo; si queda aquella inmóvil, sobre ó junto á alguna estrella, se pierde; si se aproxima al elefante se gana la mitad de la puesta, y si cae sobre la tortuga se gana el total.

Tampoco se ha podido averiguar por qué en el juego del sol, el astro que le da nombre brilla por su ausencia.

El príncipe Fel-Dor perdió galantemente algunos centenares de lotos de oro, moneda llamada así por tener grabada en ella una hoja de esta planta; y cedió el puesto á la princesa de Cachemira, que se declaró sostenedora ó sea *banquera* del juego. Hilda, ciega de celos á consecuencia de algunas expresivas miradas dirigidas por el real anfitrión á su rival, comenzó á apostar contra ésta; pero agitada, nerviosa y contrariada por la suerte, perdía siempre, siempre se quedaba en las estrellas; mientras que Lah hacía que la manecilla cayese casi todas las veces sobre el elefante ó sobre la tortuga.

Hilda experimentaba el vértigo del juego, apostaba grandes sumas y quién sabe cuánto hubiera perdido, sin la llegada de la noche que puso fin á aquella martirizadora distracción.

Cuando acabaron de jugar, Hilda llamó aparte á Lah y la dijo:

—Princesa, te debo sesenta mil lotos....

—De oro,—interrumpió Lah.

—Sí, de oro. La cantidad es considerable y debes concederme un breve plazo para solventarla.

—Yo siempre pago en el acto lo que debo; no obstante, puedes tomarte el que quieras.

—Ocho días.

—Sean,—dijo la princesa de Cachemira volviendo desdeñosamente la espalda.

Hilda palideció, devorando en silencio aquel insulto.

¡Pobre Hilda! ¡Qué noche tan horrible pasó en medio de aquella fiesta esplendorosa! ¿Qué le importaban á ella los millares de luces que iluminaban el palacio y la ribera del Ganges? ¿Qué atención había de prestar á la representación de *La segunda encarnación de Brahma*, uno de los más ingeniosos dramas de la literatura oriental?

Hilda llevaba el despecho, la ruina.... quizá la muerte en el corazón.

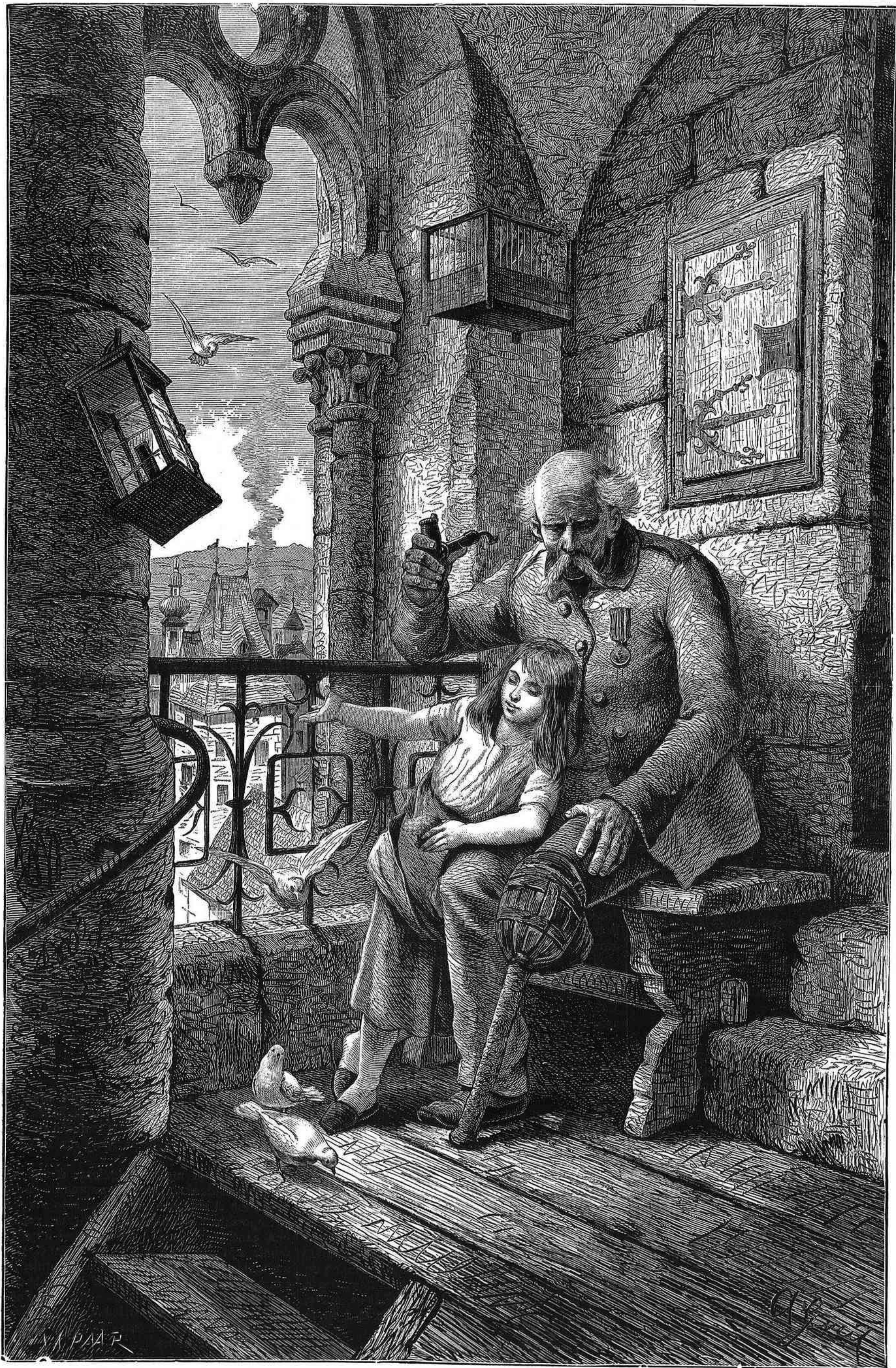
VI

Porque estaba arruinada. Durante aquella existencia fastuosa, é impulsada por la fiebre del amor y de la rivalidad, había mal vendido sus ganados del Meiran y la mayor parte de sus arracadas de pedrería.

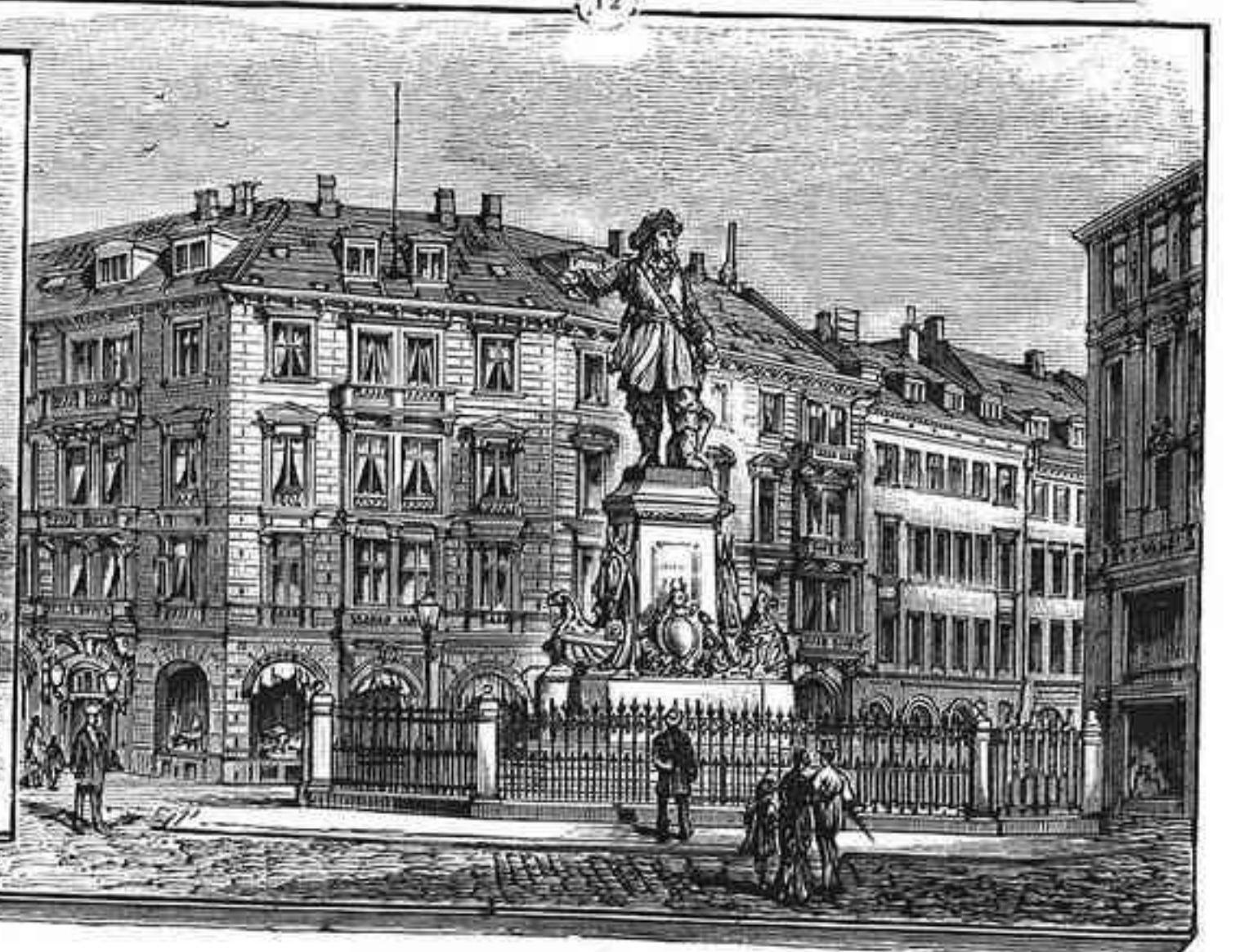
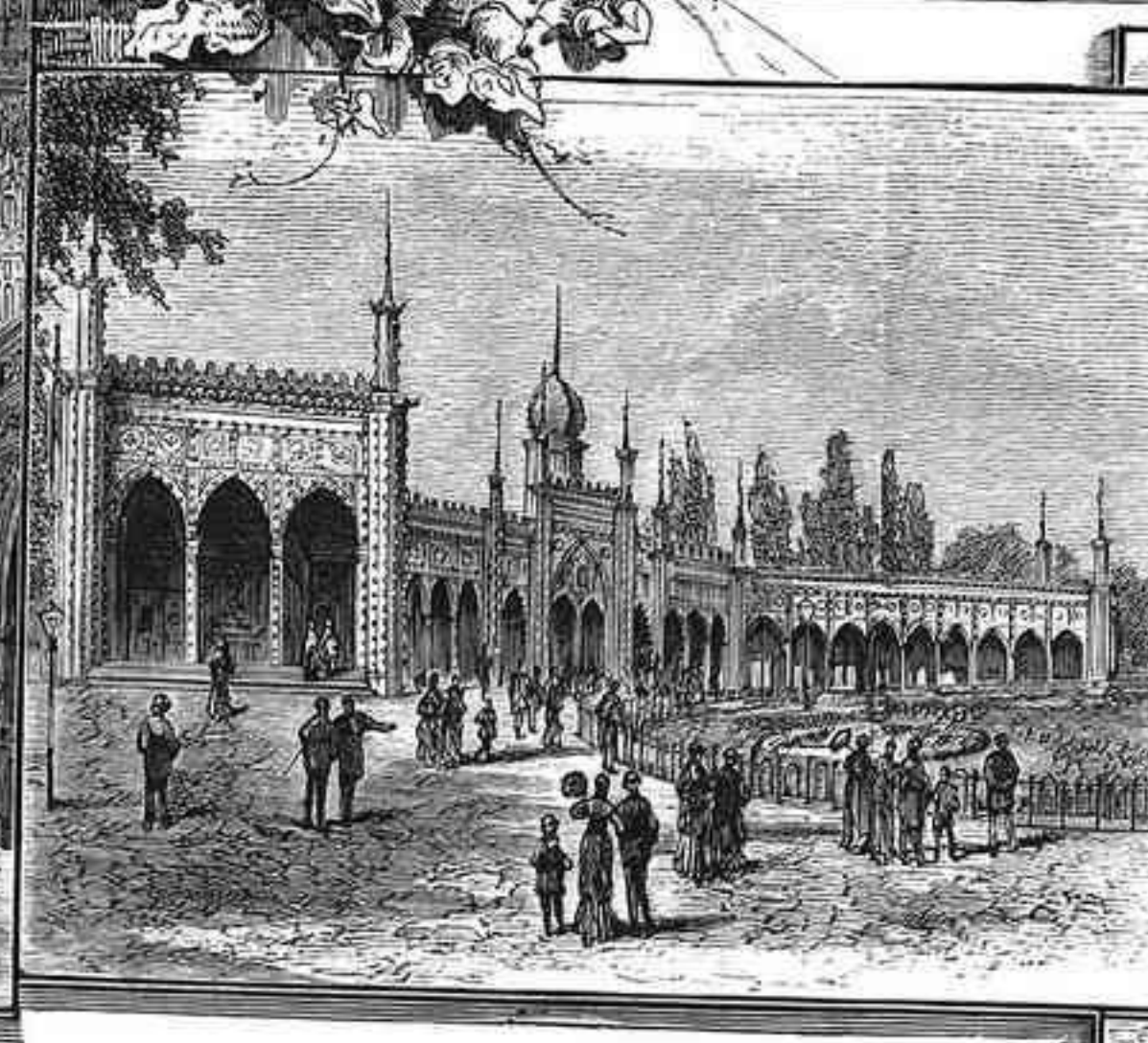
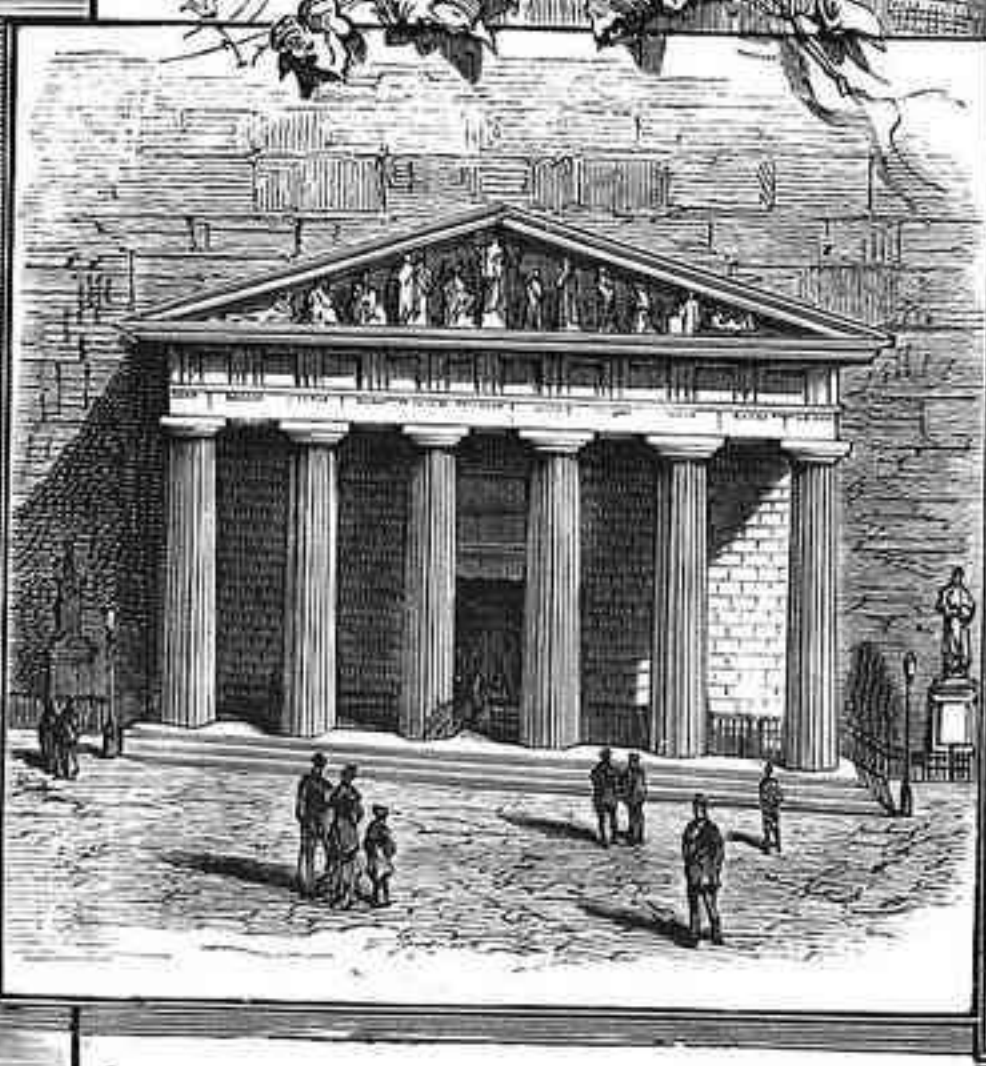
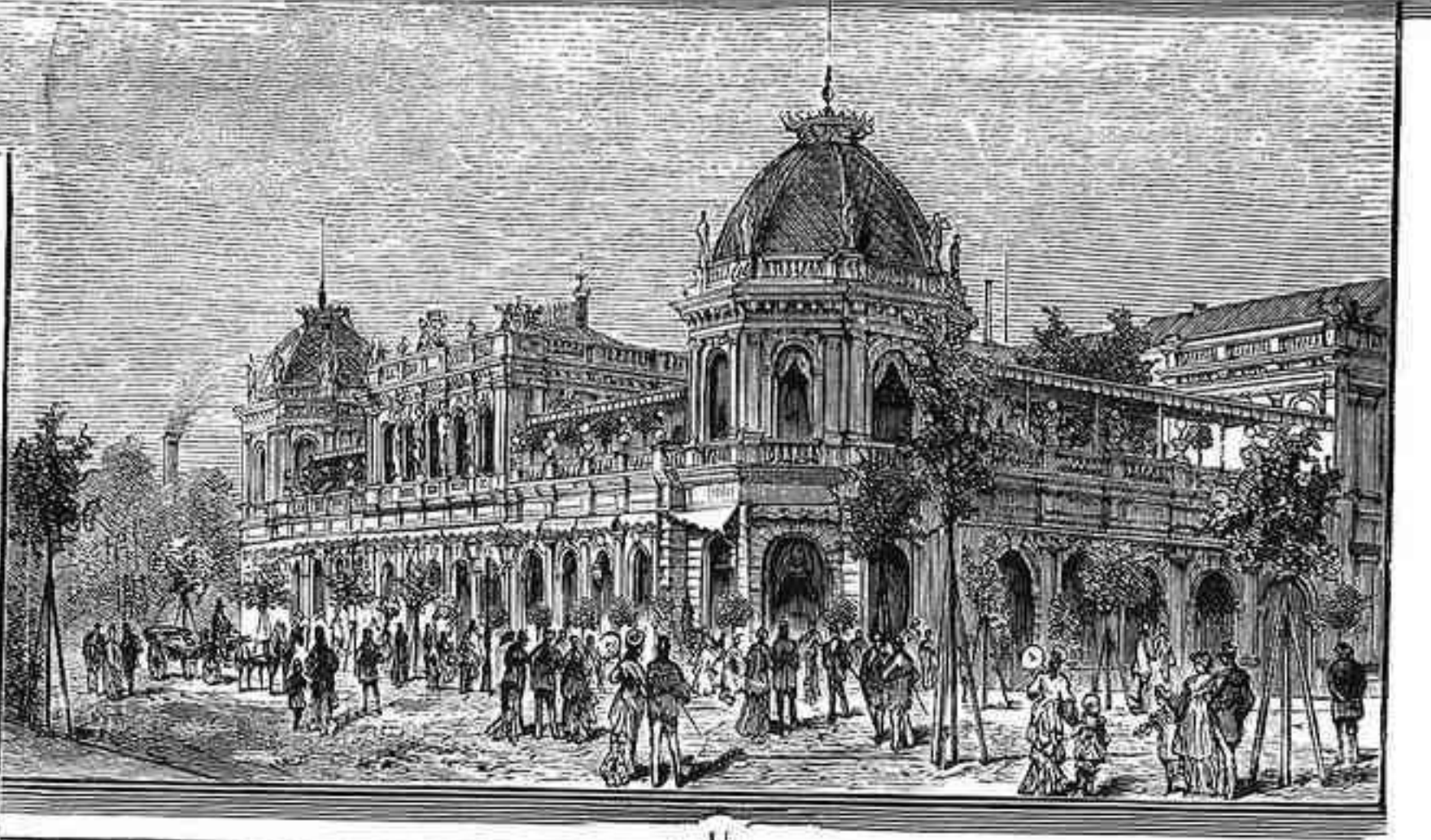
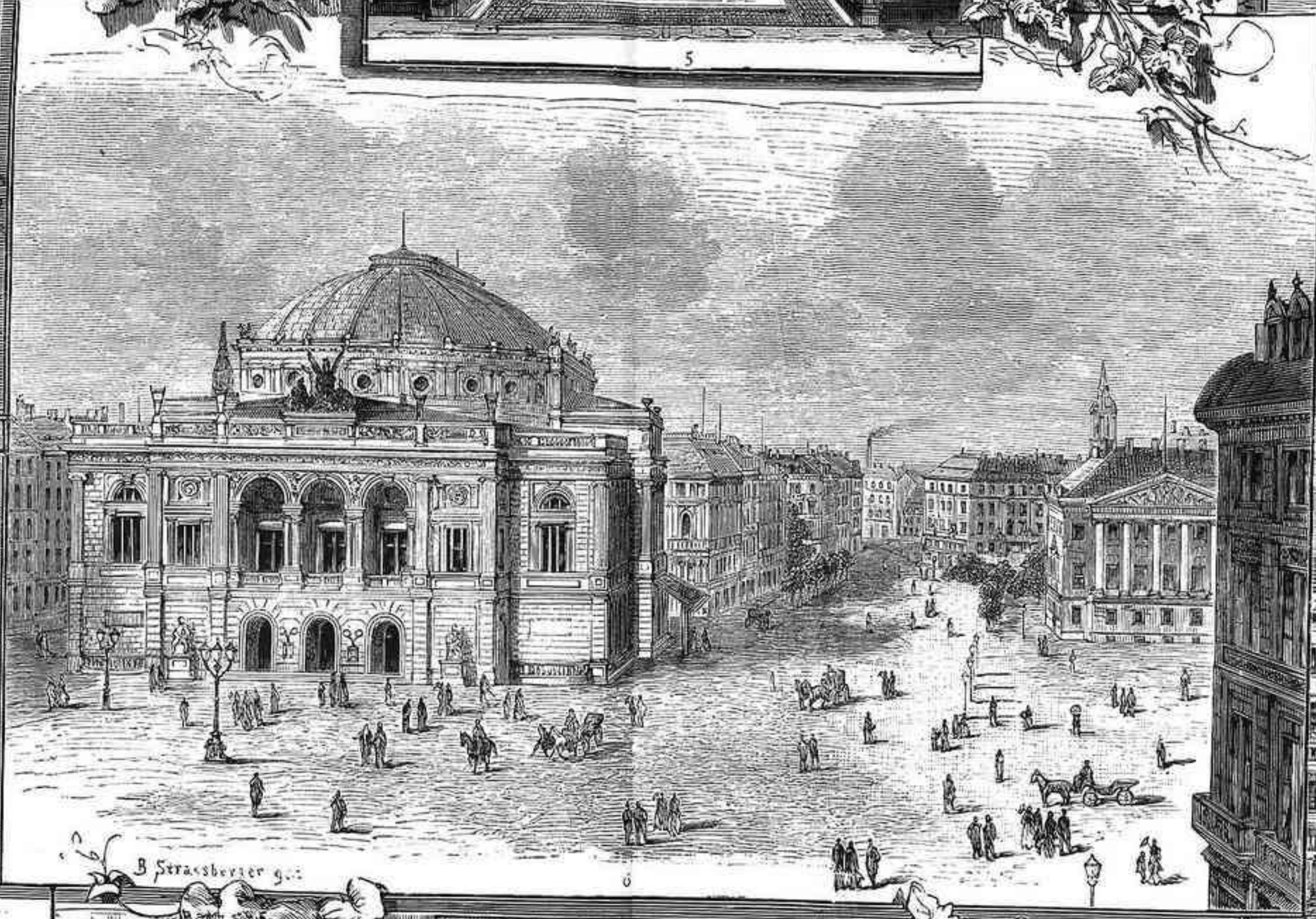
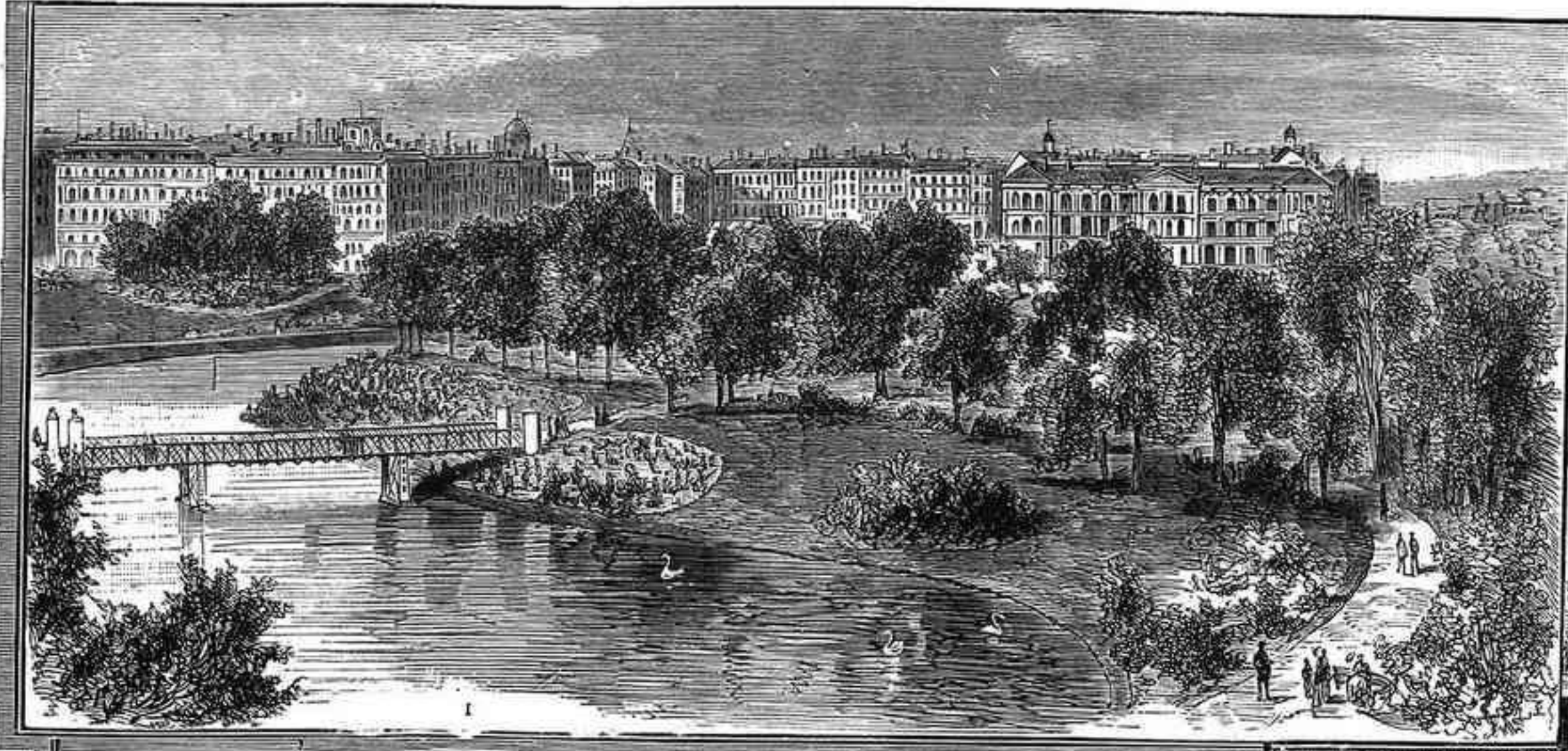
Cuando á la mañana siguiente á aquella fatal noche, consideró su estado, comprendió en toda su extensión el abismo que se abría bajo sus pies. No le importaban la ruina ni la pobreza; pero debía una cantidad enorme, cantidad casi imposible de reunir áun despojándose de los restos de su fortuna, tenía una palabra empeñada y ¿á quién? á una competidora desdeñosa y altiva. Ante esta consideración su orgullo de raza se exaltaba. ¿Pues qué, ella, la nieta de soberanos, la hija del generoso, pues así llamaban al Rhajah su padre, podía ser humillada por nada ni por nadie?

Esta idea se sobreponía á todas sus amarguras, hasta á su pasión por aquel príncipe frívolo é ingrato.

Mandó llamar al jefe de sus felies, que era á la vez intendente de su casa, le enteró de su situación y entre ambos hicieron un rápido resumen de los



EL SITIO PREDILECTO, dibujo por A. Grell



VISTAS DE COPENHAGUE

1 Parque público de Oersted.—2 Barrio de Norder.—3 Palacio de Amalienborg.—4 Puerto interior.—5 Interior de la iglesia de Nuestra Señora con el Santo Cristo y los apóstoles de Thorwaldsen.—6 Teatro y Plaza nueva.—7 Puerta de la iglesia de Nuestra Señora.—8 Capilla del palacio de Frederiksborg
9 Sitio de recreo del Tivoli.—10 Museo de Thorwaldsen.—11 Café Nacional.—12 Palacio de Christiansborg.—13 Estatua de Niels Inel



CONFIDENCIAS, dibujo por E. Brade

recursos disponibles; pero todos, tasados por alto, no alcanzaban ni con mucho á la cantidad necesaria. Avisó á joyeros y mercaderes, que la ofrecieron un precio exíguo por las pocas alhajas que la quedaban y pronto se convenció la desdichada princesa de que no habia esperanza para ella.

Con una palabra podia salvar la situacion, recurriendo al Rey de Benares ó á su hijo; pero preferia mil veces la muerte.

Recordó los dos pergaminos que su madre al morir habíala entregado y volvió á leer el que estaba abierto: «Te conozco, como que te he trasmitido mi sangre,»—decía el manuscrito de la Rhajah Bhadoora,—«nunca la bajeza ni el vicio pueden llegar hasta tí...»—La bajeza no, mas sí la deshonra,—murmuró Hilda estrujando el pergamino.

«Serás pura como las aguas del rio sagrado; pero además yo quiero que seas feliz.»

—¡Feliz! ¿yo feliz?—exclamó la princesa. Y luego mirando al pergamino cerrado, repuso:—Tal vez mi felicidad esté aquí, veamos.

Pero cuando iba á romper el sello, se detuvo. Su madre la mandaba no abrirle hasta un dia que no habia llegado; y la voluntad de una madre moribunda debía ser respetada.

—Nadie leerá esto; acabará al mismo tiempo que yo,—dijo Hilda, guardando ambos pergaminos en el bolsillo de su vernuz.

Sin duda habia tomado una resolucion.

En las primeras horas de la tarde, la princesa mandó, con gran extrañeza de sus servidores, reunir en una retirada plazoleta del jardin del palacio, un gran monton de aloes, sándalos y otras maderas olorosas, formando al modo de una pira, y desde entonces pareció hallarse más tranquila y con el aspecto del que adopta una resolucion suprema. Habíala tomado en efecto; queria morir. Primeramente pensó en el baño, que es el suicidio oriental; pero su pudor la hizo preferir el fuego. «No,»—pensó,—«nadie profanará mi cuerpo con sus miradas; acaso mis cenizas volarán á las altas regiones en donde está mi madre...»

¿Qué hacia entre tanto Oronti, el maravilloso enano de la princesa? Oronti, ménos jugueteo y más silencioso que de costumbre, presenció el inventario hecho por Hilda y su intendente, y la apreciacion con que los mercaderes habian avalorado los joyeles de ésta. Despues, saltó por una ventana y desapareció entre la espesura del jardin. La princesa á veces pensaba en su querido enano. «¡Pobre Oronti!»—se decía,—«no tengo valor para que muera conmigo.»

Esperaba la noche para poner en ejecucion su proyecto de muerte. Meciendo en una hamaca, que á veces en su vaiven salía por un mirador al exterior del jardin, Hilda contemplaba tristemente el lejano horizonte cubierto de nubes cárdenas, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

¡Pobre Hilda! ¡Iba á morir en la flor de la juventud y de la belleza!

La sombra caía, el cielo tomaba el color intenso de la tarde.

De repente la princesa oyó ruido y ¿cuál fué su sorpresa viendo á Oronti que se aproximaba, tapado el ojo izquierdo con una venda y llevando un objeto en la mano?

—¿Qué es eso?—le preguntó, dejando la hamaca, —¿porqué traes esa venda?

—Una desdicha,—contestó el enano,—una torpeza que ha podido costarme la vida.

—¿Cómo?

—Quise saltar la valla del jardin, no tomé bien la distancia, caí sobre una de las lanzas de la verja y se me ha vaciado un ojo.

—¡Oh!—exclamó Hilda horrorizada.

—Aquí le tienes,—repuso Oronti, mostrando un objeto que parecia un pedazo de cristal.

—¡Pero desgraciado! debes sufrir mucho. Ven, veamos al Talud (médico) del Rey; su morada está próxima; quizá tu desgracia no sea irremediable.

—En cuanto á sufrir, nada. Respecto al Talud, ya he hecho yo esa diligencia; él me ha curado cauterizándome la cuenca del ojo; en lo que se refiere á remedio, no hay ninguno. Podria estar sin venda, pero no he querido presentarme feo delante de tí.

En este momento un siervo vino á decir á la princesa que un mercader en pedrería deseaba hablarla y poco despues presentóse un hombre de fisonomía inteligente y bondadosa, que saludándola abriendo los brazos, segun la usanza persa, la dijo:

—Princesa, he sabido que deseas vender tus joyas. Quizás pueda yo ofrecerte mayor precio, que los avaros y pobres traficantes de este país.

—Hélas ahí,—contestó Hilda señalando á un aparador en donde aún estaban las alhajas, examinadas ántes por los otros joyeros.

El lapidario las fué viendo una por una. Oronti se habia subido de un salto al aparador.

—Las perlas son magníficas,—dijo el mercader,—pero hay tantas que su valor ha bajado. Tengo entendido, princesa, que te han ofrecido quince mil lotos de oro por todos estos joyeles.

—Así es,—contestó Hilda.

—Yo puedo subir hasta diez mil rupias más, porque...

El joyero se interrumpió mirando á Oronti que sentado en el aparador jugueteaba haciendo saltar un objeto de una mano á otra.

—¿Qué es esto?—repuso el mercader, cuyo semblante expresó la mayor sorpresa.

—Un ojo que se me ha saltado,—dijo el enano con su dulce vocecita,—¿me le compras?

—¡Ya lo creo! como que es un brillante soberbio.

—¡Un brillante!—exclamó asombrada la princesa.

—Un brillante como sólo los posee el Sah de Persia, mi señor.

—¿Y en cuánto lo avaloras?

—En lo que vale en el mercado; porque mi tráfico está basado en la verdad; en ochenta mil lotos de oro.

Hilda palideció, y tomando á Oronti en sus brazos, le estrechó contra su corazón.

VII

Al dia siguiente, muy de mañana, la princesa Lah recibió una misiva que decía así:

«Princesa de Cachemira: adjuntos, y ántes del plazo fijado, te envío los sesenta mil lotos de oro, que te debo. Sólo esperaba esta ocasion para hacer-te comprender que quien ultraja á la Princesa de Mohsum, debe matarla ó morir.

»Esta tarde, á la hora sexta, te aguardo con cuatro felies, mi arco y cinco saetas en mi aljaba, en la orilla del Ganges, junto á la fuente de los colibríes.

»Hilda de Mohsum.»

Los duelos femeninos, tan raros en Europa, eran frecuentes en la India, ántes de la dominacion inglesa; pues, ya lo hemos dicho, se diferenciaban poco las costumbres de ambos sexos.

A la hora fijada, las dos lindas contendientes estaban en el terreno. Se saludaron sin hablarse, dejando á sus escuderos que eligiesen sitio y que las colocaran convenientemente.

El jefe de los felies de Hilda, que sabia la prodigiosa destreza de Lah, hallábase consternado.

A una primera señal, las dos princesas armaron sus arcos, á una segunda, dos flechas cruzaron el aire, y ambas dieron en el blanco; la de Hilda quedó clavada en el hombro derecho de su adversaria, la de esta fué derecha al corazón de la princesa de Mohsum, la cual, ¡cosa rara! vaciló al golpe; pero no cayó. La saeta, rasgando la túnica de Hilda, se habia despuntado. En el momento en que todos acudían al socorro de Lah, que estaba bañada en sangre, se oyó el galopar de caballos y presentóse el príncipe Fel-Dor, que, sin duda, sabedor del duelo, corria, aunque tarde, á impedirle. Hilda iba á aproximarse á Lah; pero al ver la mirada entre iracunda y desdenosa que la dirigió el príncipe, se alejó de aquel sitio seguida de sus servidores.

¿Que habia pasado? ¿Por qué desconocido azar de la fortuna, la certera flecha de la princesa de Cachemira se habia despuntado sobre el corazón de Hilda? Apénas ésta se repuso de su emocion, no tardó en saberlo. Cuando loca de dolor, y herida en su amor y en su altivez por el comportamiento del hombre por quien habia expuesto su honra y su vida, se encaminaba rápidamente hácia Benares, sintiendo bullir una cosa en el bolsillo de su túnica, se llevó la mano y sacó de él á Oronti, al enano reducido á pigmeo; á Oronti, cubiertos ambos ojos con la venda que ántes sólo le tapaba uno, á Oronti que sonriendo la dijo:

«¡Uf! princesa, he llevado un buen golpe.»

«Visnou, el dios conservador, no ha querido conservarme la mitad de la vista que me quedaba. Méenos mal, puesto que ya sabemos que mis ojos valen algo.»

Y el ciego pigmeo presentaba á la princesa el brillante que tenia en la mano.

Hilda, muda de asombro, alzó la vista á las altas regiones en donde creía que moraba su madre....

La princesa de Mohsum se apresuró á abandonar la Corte de Benares. No queria deber la hospitalidad al ingrato que la habia humillado con su despego: su orgullo la curó de su pasion.

Mandó un mensajero á su tío el Sultan de Bongao, en el archipiélago filipino, pidiéndole amparo, y trasladándose con la mayor premura al palacio de la ribera del Meiran, determinó dejar tambien esta morada tan luego como pudiera llevarse los objetos que la pertenecían. Deseaba salir á toda costa del territorio de Benares.

Era una princesa soberanamente altiva la princesa de Mohsum.

Habia mandado fletar un buque en Calcuta. La víspera del dia en que debía emprender su viaje á esta ciudad, para embarcarse, y cuando al rayar el alba, estaba vistiéndose ayudada por su aya Najad, la anciana servidora la dijo:

«Hija mia, estamos en el primer año del siglo y en el primer dia de la luna de las flores.»

Al oír estas palabras, Hilda hizo un brusco movimiento; las rápidas y continuas emociones de los últimos dias, habíala hecho olvidarse del tiempo fijado por su madre para abrir el misterioso manuscrito. Entonces recordó que aún no era la hora; pues en el pergamino abierto, la Rhajah Bhadoora, decía: «A la hora sexta de la tarde, tú, sentada en la *pedra sagrada* de la orilla del Meiran, y Oronti junto á tí sobre la arena, romperás ese sello y oirás la voz de la eternidad.»

La princesa, pues, tenia aún que esperar la mayor parte del dia. Conforme trascurría este, era mayor su impaciencia; su corazón hacíala presentir la realizacion de alguna cosa sobrenatural.

Vagó largo tiempo por el campo para entretener su impaciencia, siguiendo la marcha del sol; vióle ascender al zénit esplendoroso, y descender lentamente, como un broquel diamantino.

Oronti la acompañaba, cantando extrañas canciones, pero tenia que ser llevado por ella, pues el ciego pigmeo no podia como anteriormente hacer alarde de su portentosa agilidad.

VIII

Poco ántes de la hora fijada, Hilda volvió al jardin del palacio. Allí estaba la *pedra sagrada*, llamada así porque una tradicion indiana supone que fué el primer sitio de la tierra, en donde Brahma, el dios creador, fijó la planta en su encarnacion primera.

La princesa se sentó en la piedra que era un pedazo informe de granito rojo. Dejó á Oronti sobre la arena, cumpliendo el mandato de la Rhajah Bhadoora; y puso á su lado una clepsidra que llevaba consigo.

Aún faltaban algunos minutos para la hora sexta.

La tarde estaba deliciosa y el ambiente saturado de aromas. El sol poniente inundaba el jardin de efectos de luz maravillosos; los troncos de los alisos parecían de plata, y de oro las hojas. Los bengalis saltaban de rama en rama, los pájaros-moscas cruzaban el espacio con su eterna inquietud, cuando á largos intervalos, se oía el dulce canto de un ruiseñor, como si les embelesara aquella sin igual melodía.

La princesa de Mohsum, teniendo en la mano el sellado pergamino de su madre, miraba al reloj de arena, con impaciencia febril.

Por fin cayó el grano que marcaba la anhelada hora.

Hilda sintió un estremecimiento nervioso, y rompió el sello violentamente.

Desplegó el pergamino, en el que habia caracteres escritos; mas no pudo leer; círculos extraños, como los que la imaginacion ve en las pesadillas, giraban delante de sus ojos.

Al cabo, leyó:

«Hija de mis entrañas: ha sido necesario un encanto para fijar tu mente impetuosa y encauzar tu corazón, propenso á desbordarse.

»El encanto se ha cumplido.

»¿En dónde están el deber de tu gratitud, la base de tu dicha, la mano fuerte que te guie en la tierra, la conjuncion de tu alma en otra alma, y tu compañero por toda la vida?

»Mira en derredor de tí.

»Bhadoora.»

La princesa buscó á Oronti con sus miradas.... y se puso en pié, quedándose inmóvil de estupor, porque en vez del pigmeo, vió á su lado un gallardo mancebo de elevada estatura y anchos hombros y prodigio singular! tenia las mismas facciones de Oronti, y como éste llevaba los ojos cubiertos con una venda.

—¡Hilda!—esclamó—¿Quieres ser mi alma gemela, mi compañera por toda la vida?

—¡Oh! ¡amado mío!—dijo la princesa con los ojos llenos de lágrimas de ternura—tú eres el elegido por mi madre y el prometido de mi corazón; tú me has salvado una vez de la deshonra y dos veces de la muerte. Quisiera vivir la eternidad para adorarte; yo seré la mano que te guie en la tierra; pues que mi madre no ha previsto que tú no puedes guiarme á mí.

—Bhadoora quiere decir *ciencia*, y la ciencia no se engaña jamás. Mira.

Oronti se arrancó la venda, y la arrojó al suelo. Hilda se quedó fascinada de amoroso asombro; dos

ojos negros, de ardientes y arreboladas pupilas, la envolvían en su flúido luminoso....

Volvióse á oír el canto del ruiseñor; pero flébil y distante; parecía el eco de otro mundo misterioso y lejano.

Hilda y Oronti vivieron largos años en Bongao y nunca se ha visto un ejemplo de amor semejante. Bien así como los gemelos de Siam, parecía que estaban unidos por una membrana invisible; pues experimentaban las mismas sensaciones, y murieron casi al mismo tiempo. Fueron enterrados en un promontorio en la orilla del mar. Un terremoto cambió la faz del terreno, y en él se abrió el cráter de un pequeño volcán que continuamente humea; pero que en vez del olor sulfuroso de las materias ígneas, despidió un aroma agradable como el del manatí verde. Diríase que las almas de aquellos amantes aún no han tenido tiempo de exhalar su pasión.

Hoy, la sultanía de Bongao no existe y nuestros bravos marinos que arriban al puerto del archipiélago de Tawi-Tawi, tienen ocasión de ver el penachito de humo que corona la eminencia volcánica, á la que los naturales del país, en su dialecto pintoresco, llaman *la cima olorosa*.

F. MORENO GODINO

UNA AVENTURA DE ESPRONCEDA

(Episodio histórico)

Era una hermosa noche de otoño del año 1831.

La Francia acababa de hacer una gran revolución.

La dinastía de Carlos X había caído, naciendo de entre sus ruinas la de Luis Felipe, que no había de tardar en caer á su vez.

Polignac y Guizot; los nombres de estos dos ministros siguen á Carlos X y á Luis Felipe, como la sombra sigue al cuerpo.

A una hora avanzada de la noche del 15 de octubre, penetraban en el *Hotel Favart*, situado en la Plaza de los Italianos de esa gran metrópoli del progreso que se llama París, cuatro jóvenes amigos, que por la hora un tanto intempestiva á que se retiraban, por su conversación alegre y ruidosa, por sus francas carcajadas y sus burlescas frases denunciaban á la legua que eran españoles.

Uno de estos jóvenes se apoyaba en una muleta, convaliente todavía de una gravísima herida recibida en las barricadas durante las célebres jornadas revolucionarias de julio de 1830 en París, en las que los cuatro amigos habían tomado una parte activa; todo lo cual no le impedía bromear y reír con dos de los otros jóvenes, que eran sus hermanos, y con el tercero, que si no por la sangre, lo era en realidad por el gran cariño que ambos se profesaban.

El herido se llamaba Basilio; sus hermanos Alfonso y Luciano, y su amigo José. En este joven habría podido notar cualquier observador una alegría más ruidosa que verdadera; una amarga ironía en sus palabras, una sombra de tristeza en su hermosa frente, un desden profundo en todas sus frases, y un dolor cruelísimo en su pecho, que no bastaba á mitigar la cariñosa amistad de aquellos leales amigos.

Los cuatro jóvenes que habitaban juntos en el Hotel podían ostentar con orgullo el lema que en sus escudos ostentan nuestras provincias vasco-navarras, el famoso *Laurac-bat*, que quiere decir en su severo y gráfico lenguaje *cuatro en una*. Fuera de su patria, de la que cruelmente les había desterrado la tiranía de Fernando VII; entusiastas defensores de la libertad, de que no habían podido dotar á su querida patria, aunque para ello habían arriesgado valientemente su vida en los campos de Navarra, los cuatro jóvenes habían llegado á constituir una familia: la idea del uno era la de los otros; lo que el uno quería lo amaban todos; eran, en fin, cuatro hombres con un solo pensamiento, un solo brazo y un solo corazón.

Al atravesar por uno de los corredores del Hotel observaron nuestros jóvenes amigos un par de botas y un par de zapatos colocados á la puerta de uno de los cuartos, según costumbre de las fondas, para que el criado los entre limpios al siguiente día.

Este encuentro, sin importancia otras veces, les llamó en aquella noche la atención de un modo extraordinario, sin poder explicarse la causa. Alguna razón había, sin embargo, y esta era la pequeñez de los zapatos, que más que de mujer parecían de niña, y la cual les llevó á entablar el siguiente diálogo:

—Yo sostengo,—dijo Basilio,—que estos zapatos son de una italiana.

—Protesto,—exclamó José,—estos zapatos no pueden ser más que de una española, porque sólo las españolas tienen los pies pequeños como almendras, y redondos como las aceitunas de los olivares de Córdoba.

—¡Al fin poeta!

—¿Y porqué no han de ser de una francesa?—dijo Luciano;—¿en qué código habeis aprendido que una francesa no pueda tener el pie pequeño?

—En el mismo,—replicó José,—en que se consigna que un judío no puede ser generoso.

—¡Qué locura!—dijo Alfonso.

—Oye, Pepe.... ¿Si serán de una inglesa?

—*Vade retro*.

—Ya he dado con ello,—añadió Basilio;—estos zapatos son....

—¿De quién?—preguntaron todos.

—De una americana.

—¿Qué intentas, Pepe?

—¿Qué vas á hacer, loco?

—*Santo Tomás, ver y creer*.

Y sin aguardar á más, bajó al comedor seguido de los tres hermanos, buscó al criado de guardia y comenzó á interrogarle.

A medida que el *garçon* hablaba, la frente de José se iba nublando, sus palabras eran más graves, y su emoción más profunda.

Según el criado, aquellas botas y aquellos zapatos, que tanto habían llamado la atención de los cuatro jóvenes, pertenecían á unos viajeros llegados aquella noche de Inglaterra; que por su acento y su idioma imaginaba debían ser españoles; que el caballero mostraba un carácter muy severo, y la joven, que era lindísima, parecía sufrir mucho; y por último, que según los registros del Hotel, él se llamaba D. Gregorio, y ella Teresa.

José no quiso oír más; cortó la conversación diciendo al criado que ya sabían cuanto necesitaban, y en unión de los tres hermanos, que no podían explicarse su agitación, se encaminaron al cuarto que ocupaban en la fonda.

¿Qué hablaron? Lo ignoramos. Lo único que sabemos es que grave debió ser el asunto que trataron cuando toda la noche la emplearon en discutirlo, y que, apenas fué de día, cuando los tres hermanos se pusieron en movimiento.

A cosa de las nueve salió de su cuarto, con visibles muestras de mal humor, el viajero que el criado había indicado llamarse D. Gregorio. Alfonso le siguió, sin ser notado de él, por la Plaza de Italianos, hasta que ambos se perdieron de vista: Luciano bajó poco despues la escalera y se colocó á la puerta del Hotel, de la que no se separó un instante; y Basilio se puso de centinela á lo largo del corredor.

A los pocos instantes José penetraba en el cuarto de D. Gregorio, y caía en brazos de su adorada Teresa, á la que ya juzgaba perdida.

Cuando algunas horas despues D. Gregorio volvió al Hotel se encontró sin Teresa.

Los tres hermanos, leales y cariñosos amigos, quedaron allí para sostener la retirada; recibieron el primer choque, y se mostraron dispuestos á todo género de sacrificios por su querido amigo.

En cuanto á Teresa y á José Espronceda, desaparecieron del Hotel. Y quizás de París. ¿Dónde fueron? ¿Quién lo sabe! ¿Sabía nunca Espronceda dónde iba? ¿No ha dicho él mismo en una de sus más bellas poesías

Allá va la nave
¿Quién sabe do va?

E. RODRIGUEZ SOLIS

Madrid y julio de 1883

CRONICA CIENTIFICA

TIEMPO COSMOPOLITA

Con más esperanzas que nunca de llegar á una solución satisfactoria se agita hoy en el mundo científico el gran problema de la adopción de un meridiano universal, punto de partida de las longitudes geográficas y del cómputo del tiempo.

El Gobierno de los Estados Unidos del Norte de América ha invitado á las demás naciones civilizadas para que se reúnan en congreso internacional con este exclusivo objeto, y España ya ha contestado que considera prematura la reunión de ese Congreso ante la casi seguridad de que la cuestión ha de ser tratada extensamente en la próxima conferencia internacional geodésica que habrá de reunirse en Roma el mes de octubre del corriente año.

¡Qué progreso! ¡Con qué satisfacción los pensadores ven ocupados á los Gobiernos en asuntos puramente científicos! ¡Qué diferencia de cuando sólo se celebraban congresos internacionales como los de la Santa Alianza, para ahogar las libertades de los pueblos!

Desde el siglo pasado los hombres de la ciencia vienen deseando que las longitudes geográficas se cuenten á partir de un solo MERIDIANO COMUN á todas las naciones. Sin embargo, los grandes inconvenientes de la multiplicidad de los meridianos de origen eran sólo patentes á los astrónomos, geógrafos, navegantes é historiadores; y no habían trascendido á la generalidad de los hombres de negocios, ni introducido perturbación en las transacciones de los gobiernos. Pero esos inconvenientes se han hecho de notoriedad universal, desde que han revolucionado las relaciones de tiempo y de distancia los dos maravillosos agentes gemelos de nuestro siglo: la ELECTRICIDAD, como medio de comunicación telegráfica, y el VAPOR, como medio de locomoción marítima y terrestre. El que viaja de París á Viena, ó á San Petersburgo, ve

que la hora de los ferrocarriles está variando continuamente hasta llegar á una diferencia de dos horas. Supongamos que un viajero va de Londres á la India. Sale con el tiempo del Observatorio de Greenwich; pero, no bien abandona las costas de Inglaterra, observa que su reloj difiere del de todas las estaciones, arregladas al tiempo de París. En Brindisi hay otro cambio. Durante la travesía del Mediterráneo, rige la hora de los buques. En Alejandría la de Egipto; en Suez otra vez la de los barcos, y así continúa cambiando cuotidianamente la cuenta del tiempo hasta tocar en la India. En Bombay el viajero se encuentra con dos horas: la local y la del ferrocarril, que es la de Madrás, donde, si no ha alterado su reloj desde que salió de Inglaterra, le encontrará atrasado unas cinco horas; y, á seguir su viaje hasta la China, el atraso ascendería á 8 horas nada ménos.

En ninguna region del mundo civilizado se deja ver tanto como en el Canadá y los Estados Unidos del Norte Americano, el gravísimo mal de la actual cuenta del tiempo; y en ninguna parte, como allí, patentiza una desagradable experiencia á los viajeros la serie de inconvenientes (que ninguna clase de precauciones puede burlar) acerca de los errores en las horas de servicio. Un viajero que parte de Halifax (Nueva Escocia) para Chicago, encuentra que en el camino rigen 7 horas distintas; y, si quiere ahorrarse no serios disgustos, habrá de arreglar su reloj al tiempo de San Juan, Quebec, Montreal, Ottawa, Toronto, Hamilton y Detroit. Si se extiende de Chicago hácia el Oeste hasta llegar á San Francisco de California, seguirá observando continua diferencia en los relojes; y, por último, hallará que ha perdido unas cinco horas y media desde su salida de Halifax: ó, lo que es lo mismo, el viajero se encontrará siempre desorientado y sin hora durante todo el tránsito, por excelente y exacto que fuere su reloj.

El Canadá, sin duda, presenta un caso excepcional; porque desde la costa oriental en el Atlántico hasta la occidental en el Pacífico, hay más de 75 grados de longitud, ó sea una diferencia de más de cinco horas. El ferrocarril de TERRANOVA á BRITISH COLUMBIA alcanzará una extensión como de 7500 kilómetros, y los trastornos que ocasiona el actual sistema de regirse cada estación por su hora local se han hecho ya intolerables en un país tan laborioso y emprendedor, donde el tiempo se aprovecha (*time is money*), y no se hace, como en España.

Así, pues, del Canadá ha partido el último impulso para poner término á este estado de cosas, insostenible ya. El Instituto Canadiense (Toronto), á propuesta del eminente ingeniero SANFORD FLEMING, presentó al Gobernador General del Canadá una proposición relativa á la determinación de un PRIMER MERIDIANO COMUN Á TODAS LAS NACIONES Y DE UN SISTEMA UNIVERSAL PARA LA CUENTA DEL TIEMPO, con arreglo á las necesidades del progreso moderno. El Gobernador del Canadá pasó los documentos al Gobierno inglés, y este distribuyó, extraoficialmente, ejemplares de los mismos, por medio de sus agentes diplomáticos, en las diferentes naciones civilizadas. De resultas, nuevos trabajos aparecieron ilustrando la cuestión, y España ha tenido la fortuna de ver una extensa Memoria (la cual seguimos) redactada por el Comandante Teniente de Navío D. Juan Pastorín, en que se resumen magistralmente los trabajos de Sanford Fleming, y se da cuenta del estado actual del gran problema. Las Repúblicas de México y de los Estados Unidos patrocinaron la idea; y de aquí la invitación hecha, por acuerdo del congreso de la gran República Norte-Americana, para que en una Asamblea especial se decida este asunto importantísimo.

No solamente resultan serios inconvenientes de contar cada pueblo sus horas partiendo del paso del sol por su respectivo meridiano inferior, sino que la dificultad se agrava por antecedentes meramente históricos, según que la civilización ha caminado de Oriente á Occidente ó de Occidente á Oriente.

Créese por la generalidad que el domingo coexiste en toda la tierra, y que los cristianos de todas las longitudes geográficas lo celebran simultáneamente en todas partes; y los que no han estudiado este problema oyen con incredulidad, ó por lo ménos con suma admiración, y aún extrañeza, que el domingo sobre la Tierra comprende 48 horas desde el primer momento de su principio en el primer meridiano que lo cuenta, hasta el último de su fin. (Lo que se dice del domingo puede asegurarse igualmente de cualquiera día de la semana.)

Quien disponga de una esfera terrestre puede adquirir perfecta intuición del hecho. Coloque la esfera ante sí, á la altura de sus ojos y al alcance de su brazo. Suponga que el sol es un objeto cualquiera muy distante, pero que se encuentre en la prolongación de la visual que una sus ojos con el centro de la esfera. Imprima al globo un movimiento de rotación de izquierda á derecha. Cuando el observador tenga frente á sus ojos, por ejemplo, el cabo de Buena Esperanza, será media noche para los habitantes de esta extremidad del Africa; y, supongamos, que en aquel momento empiezan á contar allí un domingo. Siga el globo su rotación: el cabo de Hornos se presentará ante el observador 75 grados despues, ó sea 5 horas, cuando lleva otras tantas de domingo el Cabo de Buena Esperanza. A las 8 horas de haber empezado el domingo en el cabo de Hornos, ó á las trece de iniciado en el de Buena Esperanza, tendrá principio el domingo en Nueva Zelandia, un instante despues de media noche; cuando ya es la una del domingo en el extremo Sur de Africa, y las ocho de la ma-

ñana en el de América. Continúe girando el globo; y, pasadas dos horas, verá el observador aparecer la parte oriental de Australia, cuyos moradores empiezan entónces á contar el domingo, cuando ya son las tres de la tarde en Buena Esperanza, y las diez de la mañana en Hornos. Dos horas más tarde empezarán á contar el domingo en la region occidental de Australia; dos despues en Ceilan; y aún tendrán que transcurrir otras dos para que principien en la isla de Madagascar á contar el domingo de que tratamos; siendo ya las nueve de la noche en el Cabo de Buena Esperanza, donde por hipótesis se empezó la cuenta; las cuatro de la tarde en Cabo de Hornos; y las ocho de la mañana en Nueva Zelandia. Tres horas despues de haber á media noche empezado el propio domingo en Madagascar, ó sea á las 24 horas del primer inicio del domingo SOBRE LA ESFERA Y EN EL CABO DE BUENA ESPERANZA, se presentará ante el observador otra vez este Cabo; y en aquel instante de su nueva media noche terminará su domingo, y empezará su lunes para todo su territorio, siendo todavía domingo para todo el resto de la tierra; y, por consiguiente, quedándole aun á Cabo de Hornos cinco horas de domingo, trece á Nueva Zelandia, quince á la parte oriental de Australia, etc., etc.; regiones en que progresivamente irá terminando el domingo, mientras se suceden las 24 horas de lunes del Cabo de Buena Esperanza..... Luego en la tierra, como conjunto, (aunque no en ningun punto particularmente) se han contado de domingo 48 horas, ó sea el tiempo empleado por nuestro globo en efectuar dos rotaciones sobre su eje; co-existiendo siempre las 24 horas de lunes con las 24 horas de domingo. En general, y mirando al globo como un todo, cualquier día de la semana empieza para una localidad en la mitad del que sea día anterior para otra localidad, y termina á la mitad del que sea día siguiente para otra! Y aún hay más. La dificultad de nuestro presente sistema para la cuenta del tiempo, no se limita á la hora y al día de un suceso, sino que afecta aún á la semana y al mes; y, en los casos extremos, hasta al año y hasta al siglo de un suceso. Un lugar registra media noche cuando otro registra medio día, y en una tercera localidad amanece cuando en otra cuarta anochece; con lo cual hay elementos de confusion más que bastantes para el error de un día entero, segun el actual sistema.

Pero lo más singular es que pueblos situados en un mismo meridiano (nótese esto bien) pueden discrepar, y discrepan, un día en su modo de contar, segun que fueron colonizados por hombres venidos del Este ó por hombres venidos del Oeste; y, así, en el Oceano Pacifico islas contiguas cuentan, EN EL MISMO INSTANTE DE TIEMPO ABSOLUTO, diferentes días de semana, y aún de mes en su caso. En Alaska, península del Noroeste de la América del Norte, colonizada desde el Oeste, los días de la semana tenían 24 horas de adelanto con respecto á los de su vecina British Columbia, colonizada desde el Este; ó, lo que es lo mismo, respecto á todos los demás pueblos de



EN LOS MÉDANOS, acuarela por M. Artz

América. Al establecerse, hace poco, los norte americanos en la Península (despues de cedida por Rusia á los Estados Unidos), echaron de ver los graves inconvenientes de que su sábado fuese el domingo de los primitivos habitantes; por lo cual se hizo absolutamente indispensable, para uniformar la vida ordinaria, un adecuado arreglo; y, así, en 1871, se concedió dispensa por los dignatarios de la Iglesia griega, autorizando á los Alaskinos para convertir en domingo un lunes de su antigua cuenta; de modo que los primitivos peninsulares celebraron un domingo de 48 horas nada menos.

La recíproca ocurría en otra parte del globo. Las islas Filipinas fueron descubiertas en 1521 por el ilustre Magallanes en el memorable viaje de primera circunnavegacion del mundo; y como fueron descubiertas y colonizadas por españoles que venían desde el Este, esas islas han estado un día atrasadas, durante tres siglos, en la cuenta del tiempo, con respecto á los habitantes de la India inglesa, y de los países próximos del Asia, colonizados por hombres idos del Oeste. Y es que, como es sabido, los que navegan hácia el Oeste alargan su día, y los que caminan hácia el Este lo acortan. En esto se funda la novela de Edgard Poe titulada LA SEMANA DE LOS TRES DOMINGOS, y la de Julio Verne titulada LA VUELTA AL MUNDO EN 80 DIAS.

Hágase girar un globo terrestre de izquierda á derecha con movimiento regular, y cada 360 grados, ó sea cada

24 horas, se nos presentará una localidad determinada; el Cabo de Buena Esperanza, por ejemplo. Supongamos que un barco salga de allí hácia América; y es claro que, nos aparecerá en la siguiente rotacion del globo, primero el Cabo y despues el barco; y, mientras más camino haga éste, más tarde se irá presentando á nuestros ojos, y siempre trás el Cabo. Por el contrario, admitamos que el buque vaya á China; y, mientras más adelante, más pronto se nos presentará, y siempre ántes que volvamos á ver el Cabo. Así, los compañeros de Magallanes llegaron un miércoles 9 de julio á las islas de Cabo Verde, donde los habitantes contaban juéves 10. Unos y otros estaban seguros de su cuenta; y, sin embargo, los tripulantes de la nao en que se verificó la empresa más trascendental para el saber (segun dice felizmente el señor Salas) no podían darse cuenta de que, navegando en contra de la rotacion terrestre, habían andado tanto en tres años como la tierra anda en 24 horas, esto es, 360 grados.

Por ser, pues, de un meridiano á otro, en general, diferentes notan sólo las horas del día, sino tambien los sucesivos días de la semana, y hasta los días iniciales de mes, año y siglo, resulta hoy muy difícil determinar la hora precisa de un acontecimiento; porque, cuando se nos comunican la hora y el día de un suceso cualquiera, tenemos que entender que esa hora es la exacta para el lugar de la ocurrencia, pero no para los demás puntos del globo situados en diferentes meridianos. En efecto, si se trasmite la noticia telegráficamente, puede recibirse en algun punto hasta en día diferente; y hé aquí un caso donosísimo, ocurrido con ocasion de un despacho telegrá-

fico fechado en Simla un miércoles á las 1 y 45 minutos de la madrugada; el cual, habiendo sido recibido en Londres á las 11 y 47 minutos de la noche del martes, hizo decir á un telegrafista, con estrambótica confusion de los tiempos pasado y futuro:

«¿Porqué han enviado mañana este despacho?»

Para evitar todos estos males, tiene propuesto el famoso ingeniero SANFORD FLEMING, hoy apadrinado por el Gobierno del Canadá, y por las repúblicas de México y de los Estados Unidos de la América del Norte, que en TODA LA TIERRA se empiecen á contar los días en el MISMO MOMENTO ABSOLUTO DEL TIEMPO; de tal modo, que siempre sea una misma la hora para todos los habitantes de nuestro planeta; y este modo de computar el tiempo de un modo universal y científico es lo que ha recibido el nombre (nuevo en la ciencia) de «CUENTA DEL TIEMPO COSMOPOLITA».

¿Y qué se necesita para conseguir tan grandioso resultado?

Casi nada.

Meramente un convenio internacional, en cuya virtud todas las naciones del mundo civilizado empiecen á contar el tiempo, cuando se presente ante el sol un predeterminado y convenido meridiano de la tierra.

E. BENOT